



Espacio Abierto Cuaderno Venezolano de Sociología
ISSN 1315-0006 / Depósito legal pp 199202ZU44
Vol. 17 No. 3 (julio-septiembre, 2008): 517 - 519

Despedida de Fals Borda¹

Gonzalo Cataño*

Nos hemos reunido para despedirnos del profesor Orlando Fals Borda (1925-2008). Ochenta y tres años de edad. Los logros intelectuales de este barranquillero dejan un rastro indeleble en la cultura nacional, y la futura generación de investigadores sociales tendrá que volver sobre sus logros para ennoblecere sus trabajos. No hay duda de que estamos hablando del sociólogo colombiano *par excellence* y de nuestro pensador social de mayor reconocimiento en el escenario internacional. El número de premios, homenajes y galardones otorgados por instituciones colombianas, latinoamericanas, europeas, canadienses y estadounidenses lo refrendan con sobrados arrestos. Fundó el Departamento de Sociología de la Universidad Nacional en 1959, y allí se formaron los primeros sociólogos que hicieron que la ciencia de COMTE no fuera en Colombia un proyecto sino una verdadera realización. Enseñó sociología y mostró las formas de hacerla. A diferencia de los profesores inéditos que se limitan a divulgar las bondades de la investigación en el salón de clases, Fals difundió las cualidades de la sociología con ejemplos concretos. Enseñaba lo que sabía, y lo que sabía estaba respaldado por una larga experiencia de sondeo y averiguación en el terreno.

Sus primeros libros, *Campesinos de los Andes* y *El hombre y la tierra en Boyacá*, que para algunos críticos constituyen lo mejor de su copiosa producción intelectual, se convirtieron al momento en modelo de rigor teórico y empírico. Estas obras legitimaron en nuestro medio el espíritu científico de la sociología y mostraron que sus conclusiones podían ser útiles para el diseño de programas de cambio social. Una de sus habilidades como analista fue la elección de temas relevantes. La violencia, la explotación agraria, la tenencia de la tierra, los movimientos sociales, llamaron siempre su atención. Tenía claro que la presencia de una disciplina académica, su visibilidad, estaba asociada a la ca-

1 Palabras pronunciadas en el sepelio de O. Fals Borda, Bogotá, 14 de agosto de 2008.

* Sociólogo. Profesor e investigador de la Universidad Externado de Colombia.

pacidad de ilustrar las dificultades más apremiantes de la sociedad de la cual esperaba recibir aplausos. A su juicio, ciencia que no le dijera nada al país bien podía olvidarse y dejarse de lado.

Este proyecto lo llevó a defender la alabada postura del intelectual comprometido. Si el sociólogo estudia los problemas sociales –las situaciones apremiantes de hombres y mujeres en un momento determinado–, el investigador debe colaborar en sus soluciones. Su énfasis fue aquí muy particular. El sabio estudia una situación, la discute con sus informantes y demás miembros de la comunidad y, en medio de este diálogo entre iguales, esboza las vías para superarla. Como era de esperar, el resultado conduce a la toma de conciencia de las adversidades económicas, sociales y culturales, conciencia que se traduce en la organización de la comunidad, o de una parte de ella, para superar los agobios de pobreza, salud, educación y democracia más apremiantes. A esto llamó *investigación acción participativa*. Este es el Fals más conocido y aplaudido en Colombia y en muchos países de América Latina, Asia y África. Su libro más representativo en este asunto fueron los cuatro volúmenes de la *Historia doble de la Costa*, una reconstrucción variopinta de la cultura y de las luchas sociales y políticas del mundo costeño desde los años de la Colonia hasta nuestros días. La obra, como se sabe, es desigual, pero siempre llena de intuiciones, de hipótesis y de perspectivas de gran significado para el trabajo de los futuros estudiosos de la realidad nacional.

El gran tema de Fals fueron los campesinos. Ellos constituyeron el amor de su vida. El mundo urbano le fue ajeno. Vivió en la ciudad, pero nunca la estudió. Su gran apego fueron los moradores de veredas, poblados y aldeas, y al final de sus días observó con nostalgia cómo este universo de solidaridades ancestrales se desvanecía ante la violencia y el desarrollo impetuoso de las ciudades. Ello lo condujo a idealizar las costumbres del campo con un furor no exento de sentimentalismos y de reclamos románticos. Exaltó la cultura de paz y servicio de las comunidades agrarias ante el individualismo y lo artificial e imitativo de las grandes urbes. Para él, campesinos, autenticidad, altruismo y pueblo eran la misma cosa. Lo rural representaba lo raizal, lo puro, lo primigenio. Las élites, los grupos dirigentes venidos de la Capital, eran, por el contrario, egoístas, sórdidas, rapaces; traicionaban al pueblo y apenas lo entendían. Su libro de historia política, *La subversión en Colombia*, registró aquellas “traiciones” en diversos momentos del desenvolvimiento de la nación.

La política fue la pasión de sus últimos años. El predicado de la responsabilidad del intelectual lo había sacado de los estrechos marcos de la vida académica. Su mayor gloria la encontró en la Constituyente de 1991, donde defendió una reorganización del mapa político de las provincias que no tuvo eco. A continuación dedicó sus esfuerzos a animar el restablecimiento de los grupos de izquierda, que confluyeron en la creación del Polo Democrático, el Partido de

la izquierda unida del que hasta ayer fue su Presidente Honorario. En el ejercicio de este honroso cargo, que mencionaba con orgullo, escribió libros, folletos, artículos y ensayos, y, para conferir fuerza a sus ideas, recorrió el país pronunciando conferencias en sindicatos, universidades, asociaciones y centros de investigación. Sus posturas representaron el ala más radical del Polo. En su seno luchó contra las costumbres políticas asociadas con el "manzanillismo", el convenio y la negociación utilitaria e instrumental en detrimento de los objetivos últimos de reforma social y económica. En la vida de Partido conoció la desazón y la amargura. No estaba familiarizado con los demonios del político profesional siempre en trance de pactos, alianzas y acomodaciones. Pero a diferencia de la izquierda tradicional de estirpe leninista –amiga de la crítica ruda, soez y villana– Fals fue un crítico amable, respetuoso y cálido. Sus exposiciones orales, corteses y afectuosas, le ganaron la atención del público, especialmente de los jóvenes. Como todos recuerdan, escuchar a Fals era una delicia. Su excelente dicción, su voz pausada y tierna, coloquial, llegaba como un hechizo al corazón de los oyentes. Esto lo había aprendido en sus disertaciones de la iglesia presbiteriana y en las arengas de su amigo el entrañable Camilo Torres, de aquel Camilo que hablaba de dos iglesias; una del control social y otra de la liberación; una de los ricos y otra de los pobres; una de los obispos, cardenales y nuncios cercanos al aparato del Estado, y otra de los párrocos y capellanes empobrecidos que trabajaban en regiones apartadas donde los ministros de Dios se confundían con el pueblo.

De Orlando Fals Borda nos quedan muchas cosas. Sus libros, en primer lugar. Si expulsamos sus obras de la historia de la sociología del país, queda un erial, un conjunto de trabajos pálidos que apenas llenan los requisitos de la investigación teórica y empíricamente relevantes. En segundo lugar, su habilidad administrativo-académica. Si el Departamento de Sociología de la Universidad Nacional no hubiera contado con su carisma y su capacidad organizativa para captar recursos materiales y humanos, su desenvolvimiento no hubiera alcanzado el liderazgo de la formación de sociólogos que le fue característica. En tercer lugar, su permanente auxilio a los jóvenes investigadores. Los que fuimos sus discípulos en los ahora lejanos años sesenta del siglo XX, sabemos que siempre estuvo atento a impulsar nuestros trabajos y a criticar y mejorar sus resultados. Y, finalmente, su experiencia pública. Es verdad que no fue un político exitoso, pero en las deliberaciones de su Partido fue incansable en recordarle al político activo que los objetivos básicos de la lucha por el poder –la justicia, la equidad y la democracia– no deben diluirse en la mera transacción y en el fácil acomodamiento a las demandas del momento.